



Dios es nuestro sustentador

5 de Febrero | Suna y Amu

[Pida a una mujer joven que presente este relato en primera persona]

Respiré profundamente para calmar mis nervios. Nunca había hecho una solicitud de empleo y esperaba que no se notara mi nerviosismo.

Cuando mi padre falleció, unos familiares nos ayudaron a mi hermana y a mí a terminar nuestros estudios. Ahora yo debía trabajar para ayudar a mi madre y a mi hermana menor, que todavía estaba en la escuela. La puerta se abrió y el director general del hospital, un médico, me hizo pasar a su oficina.

—¿Conoces a Dios? —me preguntó cuando me senté.

—Sí, un poco —contesté vacilando, sorprendida con la pregunta—. Un compañero de clases me habló de Dios y me invitó a su iglesia. No puedo ir muy seguido, pero me gusta. Los familiares de mi padre nunca lo permitirían.

El doctor y yo hablamos durante varios minutos, y entonces antes de salir oró por mi familia y por mí.

LA INVITACIÓN

Esperé varios días para ver si el doctor se comunicaba conmigo por lo del trabajo. Cuando no recibí respuesta, fui a su casa para hablar personalmente con él. Mi corazón latía fuertemente en mi pecho mientras tocaba la puerta de la casa del doctor. Una mujer de avanzada edad me abrió la puerta y me invitó a pasar. Me informó que el doctor estaba ocupado. Después me invitó a sentarme, y me hizo la misma extraña pregunta que me había hecho el médico:

—¿Conoces a Dios?

—Conozco un poco de Dios —le contesté—. Tengo una amiga, una compañera de clases, que me habló de Dios y me invitó a visitar su iglesia. Voy cuando puedo. Entonces me armé de valor para hacerle una pregunta:

—¿Por qué me pregunta eso? ¿Me vio usted en la iglesia?

—No, querida —dijo la mujer—. Voy a la iglesia los sábados. Nunca había oído de un cristiano que fuera a la iglesia los sábados.

—¿Lees la Biblia? —me preguntó amablemente. Le dije que había escuchado relatos de la Biblia, pero que no tenía una. Hablamos un rato

Material facilitado por RECURSOS ESCUELA SABÁTICA
http://groups.google.com/group/escuela-sabatica

más, y me enteré que era la madre del médico. El doctor aún estaba ocupado, así que su madre me invitó para que regresara en otro momento.

—Tal vez podemos estudiar la Biblia juntas —me sugirió. Le agradecí por su amabilidad, y me fui.

Conseguí el empleo para trabajar con el doctor adventista en el hospital. Unos días después, fui a visitar a la madre del doctor. En esa ocasión llevé a mis dos hermanas. Hablamos de Dios y de las verdades que nos revela en la Biblia. Entonces, esta amable mujer nos regaló dos Biblias que podríamos leer por nuestra cuenta entre una visita y otra.

Unas semanas después la señora nos invitó a asistir a la iglesia con ella y su hijo. Gustosamente aceptamos la invitación. Teníamos la esperanza de que nuestros familiares no se enteraran de nuestro interés en el cristianismo, pero era difícil ocultarlo. Un día mi tío llegó a visitarnos y nos llamó fuertemente la atención por habernos quitado las joyas. Nos recordó que otro de nuestros tíos era un sacerdote del templo y que le debíamos nuestra lealtad a la religión de nuestro difunto padre.

LA FUGA

En cierta ocasión, el hermano de mi padre vino a visitar a mi madre para decirle que ya había hechos los arreglos necesarios para conseguirme un esposo. Sacó una foto del bolsillo y se la mostró.

«Este hombre asegurará que tu hija siga la fe de nuestra familia», le dijo. Me sentí mareada al escuchar las palabras de mi tío. *¿Matrimonio? ¿Con un no creyente?* pensé. No me atreví a objetar, pero sabía que no quería casarme con este hombre. ¿Qué podía hacer para huir de mi destino?

Al día siguiente le conté al doctor lo que ocurrió durante la visita de mi tío. Este me escuchó atentamente y prometió hacer lo que estuviera a su alcance para ayudarme. Unos días después, me dijo que había hecho arreglos para que mi hermana y yo viajáramos a otra ciudad donde podríamos trabajar en un hogar adventista y una escuela. Acepté con el corazón lleno de gratitud y pronto iniciamos vidas nuevas en un lugar más seguro.

Hace poco me enteré que los familiares de mi padre están hostigando a mi madre y mi hermana menor. El amable doctor ha hecho arreglos para que ellas también salgan del pueblo. Pronto estaremos juntas en otra escuela secundaria adventista, donde mi hermana y yo podremos enseñar y mi hermanita continuar con sus estudios. Allí estaremos seguras.

Estoy maravillada de la manera en que Dios expresa su gran amor a través de personas como el doctor y su madre.

Estoy agradecida con Dios por habernos traído a una escuela adventista para enseñar y estudiar. Allí podremos estar a salvo y aprender más de la voluntad de Dios para nuestras vidas.

Gracias por sus ofrendas misioneras que apoyan a las escuelas adventistas y el trabajo médico misionero alrededor del mundo.

EL DESAFÌO

- Más del 80% de las personas en la India son hindúes, una religión que nació en ese lugar. Otras religiones que se profesan en la India incluyen el Islam (13%), cristianismo (entre 2 y 3%), sij (casi el 2%), y budistas (menos del 1%).
- Los hindúes no tienen un conjunto de creencias como los cristianos. A cada adepto se le anima a encontrar su propia verdad moral o espiritual. Los hindúes frecuentemente adoran a una variedad de deidades y no le adjudican mayor importancia a uno sobre los demás. No existe un salvador, no adoran a un solo Dios como se hace en el cristianismo.

Material facilitado por RECURSOS ESCUELA SABÁTICA
http://groups.google.com/group/escuela-sabatica